

Representar la paz

JOSEBA ECEOLAZA
Escritor

En los procesos de violencia política, ser el último ha provocado a menudo un enorme vértigo. Puede ser un deseo, como ocurre entre los familiares de las víctimas, pero también una carga para un superviviente. En ambos casos, esa condición de último ha dado lugar a reflexiones especialmente valiosas sobre la memoria, la transmisión del dolor y la responsabilidad hacia quienes vienen después.

Como recuerda el filósofo Reyes Mate, cuando Jorge Semprún se encontró con Elie Wiesel en 1995 ambos coincidieron en que nadie quería ser el último en morir porque tendría que asumir la responsabilidad de salvar el mensaje sobre la experiencia de los campos de concentración nazis que hasta ese momento había sido deseado.

Contar el mal ha sido siempre una cuestión narrativa, pero también moral. Los últimos que salieron con vida de los campos nazis se enfrentaron a un dilema difícil: describir con toda su crudeza lo que habían visto y padecido o recurrir a la literatura para intentar expresar aquello que parecía imposible de explicar. Sobrevivir significaba, de alguna manera, asumir también la obligación de contar.

Entre las víctimas del terrorismo, en cambio, la condición de «última víctima» ha aparecido sobre todo como un deseo. Cada nuevo atentado les obligaba a revivir su propio dolor. El asesinato de otros las devolvía a la tristeza y les recordaba que aquello que había destruido sus vidas seguía ocurriendo. Desear ser la última víctima era, en el fondo, desear que nadie más tuviera que pasar por lo mismo.

Manuel Pardines, hermano de José Antonio Pardines, la primera víctima mortal de ETA, pasó más de cuarenta años deseando que su hermano hubiera sido también el último. Él mismo lo expresó en el documental El desafío: «Fueron casi mil víctimas. Y



nosotros cada vez que había una víctima pedíamos que fuera la última. Pero, por desgracia, no fue así».

Hay, por tanto, dos maneras profundamente distintas de enfrentarse a la condición de ser el último. Para quien sobrevive a la barbarie, puede significar la responsabilidad de mantener vivo el relato. Para quien ha sufrido el terrorismo, ser el último encierra una esperanza mucho más elemental: que el dolor termine en uno mismo y no alcance a nadie más.

En el mundo de los victimarios, ser el último debería provocar la amarga sensación de haber perdido años de vida en algo que nunca tuvo sentido. Fuera ya de contexto y sin causa, los últimos presos de ETA que salgan de la cárcel serán el triste vestigio de una violencia que, sin embargo, seguirá marcándonos durante muchos años más.

Como se ha vuelto a comprobar este verano, el preso de ETA, y no sus víctimas, continúa ocupando un lugar central en el universo sentimental de la izquierda abertzale. Cuando ETA desapareció, se abrió la oportunidad de elegir otras referencias para un tiempo nuevo: líderes, intelectuales, artistas, personas respetadas dentro y fuera de Euzkadi. Figuras capaces de inspirar, conciliar y transformar. Sin embargo, ese no fue el camino por el que se optó.

Un victimario no es únicamente

aquello que hizo. También es aquello que decidió hacer después con el daño que ha causado. Sin embargo, la representación social más visible del preso de ETA en el espacio público sigue siendo, demasiadas veces, la que glorifica sus atributos más embrutecidos. Existía otra posibilidad. Los presos de la vía Nancrales demostraron que era posible reconocer el injusto daño causado, pedir perdón, asumir la responsabilidad por la violencia ejercida y convertirse incluso en agentes comprometidos con los derechos humanos. Frente a ese ejemplo, se ha mantenido una representación sentimental mucho menos conciliadora, prolongando así un dolor enorme entre muchas víctimas del terrorismo.

El odio rompió cualquier tipo de principio moral, incluido algo tan básico como el respeto a la vida humana. No hay nada que no esté permitido cuando se ha deshumanizado al otro, como ocurrió aquí. Después de ello, reconstruir el tejido moral y social que la violencia rompió es una tarea lenta y difícil, que requiere algo más que el final de la propia violencia. Por eso necesitamos que nuestro ecosistema moral esté unido a la representación de la paz y no a la romantización de la violencia.

Está también en nuestras manos decidir hacia qué referentes mirarán las generaciones más jóvenes. Repensar la barbarie significa explicar lo sucedido, pero también revisar nuestro catálogo de héroes y preguntarnos a quién otorgamos reconocimiento social y por qué.

En la izquierda abertzale sigue existiendo, en este sentido, una responsabilidad ética desatendida: construir referentes conciliadores para las generaciones que vienen. La llegada del tiempo de los últimos victimarios podría ser una buena ocasión para mejorar, al menos en parte, décadas de glorificación de la violencia y sustituirlas por nuevos referentes éticos. Ojalá lleguemos a tiempo.

CARTAS AL DIRECTOR

Las cartas dirigidas a esta sección no deberán exceder los 900 caracteres con espacios y han de llegar a la Redacción debidamente identificadas con firma, nombre y apellidos, y número de DNI. Es imprescindible adjuntar dirección y un teléfono de contacto. La Dirección de El Diario Vasco se reserva el derecho a resumirlas y no se mantendrá correspondencia escrita, personal o telefónica sobre las mismas.

Los envíos se harán bajo el encabezamiento «Cartas al Director» por cualquiera de estas vías:

Por correo: **Mikeletegi Pasealekua 1. 20009 Donostia San Sebastián**
Por correo electrónico: **redaccion@diariavasco.com**

Invisible pero indispensable

El público ovaciona a sus futbolistas y explota en un alborozo desenfrenado; son los héroes. Detrás de ellos, hay peones invisibles pero indispensables, trabajando cual humildes abejas obreras; es el caso del utillero. Nos conocíamos desde niños, toda la vida en Lasarte; personaje entrañable, acompañado de su inseparable Nekane. La gente le paraba para preguntarle, felicitarle, comentar el último partido de su Real Sociedad y él atendía a su público esbozando una franca sonrisa tras su mítico bigote. El primero en acudir a los entrenamientos y el último en salir tras dejar todo minuciosamente preparado; cuando salían o regresaban de viaje, Mitxel se enfrentaba a una ingente tarea que llevaba a cabo con devoción y precisión, en soledad. Donde quiera que se encuentre, volverá a ejercer de humilde pero orgulloso compañero blanquiazul. Mitxel Oñazola Rodríguez. **FRANCISCO JAVIER SÁENZ MARTÍNEZ LASARTE-ORIA**

Ceuta y migrantes

Bien sabemos dónde cae en el mapa Ceuta, pero hay otras fronteras que no aparecen en los mapas, sino entre las personas. Algo de todo esto he vivido en estos dos últimos meses. Miseria y pobreza sería la clave de todo este meollo de los migrantes y de sus gobernantes injustos y antidemocráticos. La miseria no es una fatalidad, sino una terrible injusticia. Reconozco que la situación de la sociedad ceutí es muy delicada y no digamos cuando de todo esto se hace una lucha electoral y política. Se han utilizado palabras como invasión, avalancha, descontrol de fronteras... pero junto a todo eso también existe la tragedia humana, derechos humanos conculcados y términos como 'acogida' y 'solidaridad' un bastante apartados. Quiero seguir apostando y apoyando el deseo de vivir e intentar ofrecer una vida

mejor a los tuyos y a todos. Una política solidaria va por el camino de dar una salida digna a todo este problema con una fuerte defensa de los derechos humanos.

JOSÉ AGUSTÍN ARRIETA TOLOSA

200 metros

No hay por dónde coger la decisión de quitar el autobús escolar que llevaba a los chavales de Zaldibia al instituto de Ordizia. Resulta que la excusa de Educación es que faltan solo doscientos metros para llegar a los cuatro kilómetros que marca la ley. ¿En serio no se puede ser más flexible en este tema? La carretera entre los dos pueblos no está para ir andando a oscuras y con mal tiempo. Obligar a adolescentes a jugarla por el arcén o a meterse como sardinas en lata en un bus de línea no tiene mucho sentido. Entiendo el enfado de esos padres. **AMAIÁ ARRUTI**

Amor prohibido

ROSA
PALO



Antes, yo tenía gatos. Uno murió a los pocos días de no sé qué, otro se escapó y el tercero se metió en la lavadora y fue centrifugado, espero que involuntariamente, por mi abuela. Por si esas tres señales no fueran suficientes, años después el universo me mandó otra. Y, esa vez, fue la definitiva: el heredero era alérgico.

Pero algunos animales no entienden de alergias. Tampoco algunos cariños. Hace tres veranos

apareció un gato callejero. Completamente negro, le faltaba un trozo de oreja, y su rabo, roto en cualquiera de sus siete vidas, se había soldado formando un ángulo recto. Era un gato desarmado, un juguete medio roto que todavía funcionaba. Quizá fuera esa fragilidad la que hizo que el heredero se fijara en él: lo vio a lo lejos, lo llamó y el gato reconoció a uno de los suyos, a otro bicho listo y nocturno. Desde entonces nos visita puntualmente.

Se planta en el descampado que hay frente a nuestra casa y maulla para que el heredero le abra la puerta del jardín. El lo deja entrar, le pone agua, le da una golosina gatuna, le acaricia detrás de las orejas, le susurra palabras dulcísimas. El gato se frota contra sus piernas, ronronea, se estira en el suelo. Durante unos pocos minutos todo parece sencillo y posible. Después vienen los antihistamínicos y el ritual de lavarse las manos

a conciencia: hay que eliminar cualquier rastro del encuentro, borrar las pruebas igual que se borran los mensajes, los olores, las manchas de carmín de los amores prohibidos.

El heredero ya se ha ido, pero el gato sigue viniendo a buscarle. Maulla, aguarda un rato y se marcha. Al día siguiente lo intenta de nuevo. Supongo que eso es amor del bueno: esperar a alguien aunque sepas que no va a volver.